

## Aguas tropicales

□ Y tan tropicales!... Pero narremos un poco el argumento. El libro se llama «Tropical Waters»; su autor es Ronald Fraser y el editor Jonathan Cape, 30, Bedford Square, London.

Dos caballeros que vienen hacia América, encuentran a una señora que también viene en la misma dirección que ellos. La señora es la esposa de un tal Pino, sudamericano, que dió el pesantazo a los pocos días de su matrimonio, dejándolo todo para venirse a Sudamérica y hacer revoluciones. O por lo menos, para tomar parte en ellas. La señora viene en busca de Pino, porque sospecha que la huída de éste obedeció a que ella no había sabido retenerle y ahora piensa prodigarle sus encantos a ver si consigue encadenarle para siempre y que abandone las ganas de meterse en líos políticos.

En todas partes, en cualquier puerto a donde arriban los dos caballeros y la señora, al preguntar ésta por Pino, la gente sufre de una conmoción nerviosa espantable. Pino debe ser un ogro. Ha hecho una porción de revoluciones y proyecta otras tantas. En Río Janeiro no está Pino. Decepción. En Buenos Aires no está Pino. Angustia. Los tres compañeros de viaje deciden pasar a Chile. A todo esto, uno de los caballeros se está enamorando de la mujer de Pino. Pasan la cordillera, (donde Pino, entrevisto, entrehablado, hace una de sus peculiares barbaridades) y llegan a Chile.

«Llegamos entonces a Caracoles y vimos la bandera chilena... Santiago estaba en una época de disturbios, con soldados, a caballo y a pie, patrullando por las calles». (Para algo se supone que Pino estaba ya en Santiago, fabricando una revolución; N. del T.).

«Entramos al Crillón. Me dieron un ancho cuarto, verde y oro, con baño y todos los detalles de la comodidad moderna. Charlamos con algunos amigos de Hog, fuimos al cementerio y subimos a lo alto del San Cristóbal, una colina junto a las afueras

de la ciudad, con una colosal estatua de la Virgen en la cumbre. Tuvimos mucha dificultad en hacer conocimientos y amistades con chilenos, porque como en cualquier parte de Sudamérica, *the british who favour the country with their presence, do not mix with the natives beyond what is necessary for business or official purposes*». (Casi le consta al que señala que Ronald Fraser conoció a muchos *nativos* y se deshizo en cumplimientos con ellos. Desde lejos, la contraria. N. del T.).

Después de estos lances, siguen los tres juntos, los dos caballeros y la dama perseguidora, la ruta que suponen llevará Pino. Y en efecto, al llegar a Lima, se encuentran con que hay revolución y Pino está tomando parte principalísima en la revuelta. Para terminar, porque todos estamos hartos de Pino, y de Fraser, uno de los dos caballeros acompañantes de la señora, mata a Pino. Y no tiene el buen gusto de matar al autor.

No hay que indignarse por estas patochadas. Tienen interés. Las aguas tropicales son sin duda, las que Fraser utiliza por las mañanas, al darse la ducha que le prepara para pergeñar otras narraciones por el estilo. Hay quien no hace sino hablar por hablar y quien se dedica a escribir por escribir. Al que señala le gustaría, para su propio regocijo, que el autor de «Tropical Waters» hiciera una novela española con los toreros diciendo misa entre dos bandidos, o una novela rusa con mujiks, isbas, kolokol y varios comedores de niños crudos llamados de segundo nombre, inevitablemente, Ivanovitch, y pertenecientes a la Cheka.

#### Francia pregunta

□ Coincidiendo—por azar, probablemente—con las informaciones primeras del asunto Stavisky y siguiendo hasta estos días, abrió «L'Intransigeant» una encuesta rotulada: «*Que pensez-vous de la France ...*». Y dirigió su pregunta a gente de esta calibre: Ivan Bunin, Aldous Huxley, Heinrich Mann, Thomas Mann, Rudyard Kipling, Theodore Dreiser, Salvador de Mada-